

BLOQUE II

La necesidad del movimiento de los niños y sus implicaciones en la práctica educativa

Jugar con el cuerpo*

Carmen Díez Navarro

Para saber, el niño se arma de herramientas y estrategias primitivas, poderosas, universales. Lee los labios, copia los gestos, oye hasta los mínimos suspiros; prueba la tierra, la piel, el agua, o cualquier cosa que le ofrezca datos sobre su entorno próximo.

Así, va acumulando “saberes” de forma continua. Mira, chupa, palpa, golpea, lanza, va y viene... interminablemente, porque su instinto de saber es fuerte, tenaz y duradero. Decía Piaget que «todo acto inteligente ha sido antes conducta motora».

Acostumbrados como están los niños a este constante ir y venir de los sentidos y del movimiento, a esta proximidad total a la realidad para aprehenderla, sería un error sacarlos de sus vías de conocimiento, ofreciéndoles a cambio tan sólo la pobreza de una silla, un papel, un recinto y unas palabras desnudas y sin cuerpo.

Conocer el cuerpo y el entorno próximo

Y sin embargo, es error que cometemos con frecuencia en la escuela, apartando del niño lo que le es tan propio: su cuerpo, el de los otros, los objetos, el juego, el tocar la comida, el golpear tambores, el rodar en la hierba, el amasar barro.

Enseñando las letras se nos cuelan otros códigos secretos, las distancias «prudentes», los gestos «adecuados», las costumbres, las «formas», «los buenos modos», los movimientos cortos, estereotipados, pobres, el «no grites», “no corras”, “no toques”, “no preguntes”, “no te muevas”, “no te acerques...” (que es tanto como decir “no aprendas”).

* En *La oreja verde de la escuela. Trabajo por proyectos y vida cotidiana en la escuela infantil*, 2ª ed., Madrid, Ediciones de la Torre (Proyecto didáctico Quirón, 54), 1998, pp. 89-98.

No basta con que el niño domine la palabra y «las reglas del juego» para manejarse feliz y equilibradamente (aunque así nos enseñaron que era). Es preciso también que sientan, que se expresen, que el adentro y afuera estén comunicados, que los demás ocupen un lugar en su vida, pero un lugar completo. No de cara y de nombre tan sólo, sino de “cuerpo entero”, “vivito y coleando”, presente, cerca.

No sabría en qué momento preciso se encuentra la dinámica grupal de mi clase, si no mediara el contacto posibilitado por las sesiones de psicomotricidad libre que realizamos semanalmente. En ellas se expresa simbólicamente cada niño y el grupo en su conjunto; se puede así constatar la situación como un retrato. Surgen las carencias, los conflictos, las amistades o los olvidos, las agresiones, el despotismo, la inseguridad, el apoyo...

Claramente el ritmo de cada cual, su manera de afrontar los problemas, su equilibrio o descontrol, su modo de trabar amistad, de percibirse así mismo o a los demás, sus necesidades.

También se refleja en estos ratos el tipo y la calidad de la relación entre los niños y yo, cómo viven al adulto que los acompaña en sus tanteos hacia el saber, que les frena los “desmanes”, que les sugiere tareas... Veo si me perciben excesivamente protectora, rígida, disponible, tensa, si me aceptan como interlocutora, si me sienten cerca, si me permiten situar un espacio, unas normas, un tiempo sin notarse invadidos, si me ven como competidora, si están o no a gusto conmigo... Y aprendo a corregirme en base a lo que «leo» que quieren decirme.

Hay veces que me persiguen, me cogen, me encarcelan, me atacan, quedando vencedores. Cambian así, por un rato, los papeles; sienten reforzada su identidad, su autoestima, “ganando” al adulto.

Suelen salir en mi defensa los más dependientes, que no se atreven a oponerse ni a rebelarse, que no resisten los forcejeos, ni aún siendo simbólicos.

Entre los atacantes están, por un lado, los fuertes, con su liderazgo puesto a prueba por ellos mismos, con su afán de competir, de resultar inequívocos dueños de la situación y del grupo. Y, por otro lado, los más tímidos, los que pasan desapercibidos, los que necesitan llamar mi atención y no saben cómo hacerlo. No faltan quienes utilizan el ataque como una venganza por alguna limitación impuesta por mí en otro momento.

Es curioso ver a los que pasan un tiempo de crisis: celos, miedo, rechazos... cómo se acercan a buscar reposo, mimo, cercanía...

De vez en cuando se descontrola alguno, rompiendo la única consigna: “no pegar”, y he de recordársela o sacarlo del movimiento un rato. Hay grupos o niños sueltos que se organizan en seguida el juego, y se les ve disfrutar. Hay otros que miran, prueban a entrar en algún grupo, tardan en decidirse, los menos quedan solos, buscando rincones tranquilos, acariciando su pelota, o metidos en su aro-burbuja... Los hay de todo tipo, los que no se paran ni un momento, los reposados, los que alternan...

Trato de implicarme en todos los grupos, y me suelen dejar, aunque no siempre. Estoy un poco en cada sitio, según noto si hago o no algún papel y también teniendo en cuenta mis propias preferencias. ¡Es tan encantador sentirse transportada por un montón de pequeñas manos que *arrastran* una tela!...

Me acerco a los solitarios, les provocho para que se metan en algún grupo, o para que

jueguen conmigo... Hasta de pregonero hago en ocasiones transmitiendo algún “invento”» o iniciativa de alguien. “¡Eh!, mirad que divertido lo que hace X”.

Tanto si el objeto con el que se juega es estructurado (tacos, cubos...) como si no lo es (telas, papeles), los niños lo utilizan muy bien para expresarse simbólicamente. Para uno el palo puede ser un arma, para otro un bebé, o una serpiente...

Al volver a clase después de una de estas sesiones, los niños dibujan lo que han hecho y lo van contando, unos con más detalle que otros; yo también cuento cómo me he sentido o qué es lo que más me ha gustado. Tomo anotaciones de lo que observo, evaluando en lo posible mi actuación para mejorarla.

Después de una sesión de psicomotricidad libre, se advierte en el ambiente del grupo una mayor cohesión. Cada cual sabe cómo está la temperatura de las relaciones, explicitadas corporalmente en el juego, que ha sido lugar de placentero encuentro para todos nosotros.

Ejemplos de sesiones de psicomotricidad libre

I. *Objeto de comunicación:* telas

Grupos: veinticinco niños de cuatro años.

Desarrollo de la sesión: al entrar en la sala ven un gran bulto tapado; se acercan despacio y los más lanzados se atreven a destaparlos. Aparecen multitud de telas de colores.

He sentado a Altea en una de ellas y la he arrastrado, luego me he puesto una tela por encima “¡el dragón!” y todos se han metido debajo haciendo ruidos raros. Con esas dos propuestas en el aire, han ido haciéndose grupos: unos han hecho una tienda de campaña, otros se arrastraban, otros eran fantasmas; Javier se ha puesto a torear -me he ofrecido de toro, pues no encontraba-, Raquel se ha vestido de reina, Eva y María de novias. Varios han discutido por una tela y he apartado unos minutos del juego a Daniel, que pegaba muy excitado.

Cuando estaban cansados han surgido las camas colectivas. Y al ratito me han pedido jugar al lobo. Me he puesto una tela gris, que ha resultado tener una trompa y han dicho que era un elefante. Así es que hemos hecho el juego del lobo, pero con elefante. Luego Diego me preguntaba: “¿Morderás más?, ¿atacarás más?”. Y yo: “No”, y me soltaban. Me han hecho repetir dos veces lo mismo. Iba con la trompa dándoles a todos en la nariz, implicándolos, haciéndoles ver que me importan.

Creo que he intervenido, pero era preciso sugerir ya que se trataba de la segunda vez que hacíamos esto en el curso. En lo sucesivo estaré más a la expectativa.

Me gustaría haberme fijado mejor en cada cual y no he podido, por tener que estar pendiente del juego del grupo.

2. *Objeto de comunicación:* periódicos

Desarrollo de la sesión

Llegamos a la sala de psicomotricidad, que está alfombrada con periódicos. Héctor se tira al suelo dando volteretas, rodando. Le imitan algunos más. En seguida empiezan a tirarse bolas de papel, diciendo: “Son bombas”. Me «apedrean» con ellas y yo tiro a los que aún no se deciden a participar. Luego luchamos con papeles largos, como espadas. Daniel me golpea con la mano

oculta en el papel.

Jugamos a “hacernos gordos” llenándonos la ropa de papeles, amenizados por unos cuantos que cantan “Una señora gorda...”.

Hay esquiadores contentos mientras una boda completísima camina ceremoniosamente por alrededor del salón. De pronto María dice: “Estoy muerta», y acuden casi todos a mirarla. Proliferan los muertos, que lo hacen por cierto, a la perfección: ni se mueven, ni abren un ojo.

Me llama un grupo de niñas para dormir con ellas, y se nos añaden muchos más, formándose un “nido” enorme, donde acurrucados y tapados con papeles, descansamos. Hay muchas más sugerencias que en la ocasión de las telas.

Hacia mí hay gran inclinación de afecto, en general, y de ataque, por parte de algunos. Hay más autonomía que en sesiones anteriores. Me llama la atención la agresividad de Daniel hacia mí, y tan sistemática. Es como si me reclamara algo, o se quejara de algo; también es cierto que ahora está muy celoso de su hermana.

Hemos pasado un rato de gran unidad del grupo. Al verbalizarlo luego en clase, dicen lo que les ha gustado:

- “A mí me ha gustado la peleíta”, dice Daniel.
- “A mí las bombas de papel”, dice Andrés.
- “A mí todo”, (varios).
- “A mí hacernos gordos” (Laura).
- “A mí nada”. (Paz).

Quedan al margen algunas niñas y no consigo que se metan, por un lado porque yo estoy siguiendo al grupo y, además, porque no quieren.

3. Objeto de comunicación. Palos

Desarrollo de la sesión: empiezan a disparar gritando y así están un buen rato. Parecía que se iban a romper los cristales por los gritos tan agudos y tan seguidos.

Cuatro niñas se hacen una casa con bastantes palos; le ponen tejado, pasillos... Los niños se la rompen un montón de veces, capitaneados por Manolo —con cara de satisfacción—. Hay quien se hace su casita individual en un rincón con dos palos, o en la pared. Algunos empiezan a hacerse barcas, y a remar. Un grupo grande mete las piernas debajo de la alfombra y golpea con los palos el centro. Me meto yo también, y los voy saludando uno a uno con un “brindis de palo”. Comentan que es una estufa y se van añadiendo cada vez más niños. Daniel empieza a atacarme otra vez, como en la sesión de los periódicos, pero al primer golpe le recuerdo la consigna “todo, menos pegar; el palo hace mucho daño”. Entonces me dispara. Se le suman los demás —la mayoría. Yo caigo muerta y me transportan “en ambulancia” entre todos, a tirones de brazos y piernas. Nada más sanar, me matan de nuevo, y así varias veces. Me encierro en una casa, pero me la rompen y me cogen. Diego y algún otro vienen a salvarme.

Salen iniciativas como tocar la trompeta con el palo, esquiar, ir a caballo, pisarlo, rodar el palo bajo el trasero, hacer una estrella en el suelo, mangueras, pistolas.

En un momento dado han dicho que era de noche y se han echado casi todos. Carolina y Paz no han participado. Raquel me ha dicho: “Tú no eres de mi banda” (muy revelador,

porque no acepta normas y la he de frenar de continuo).

Miguel, el niño nuevo, golpea a muchos, que vienen a quejarse. Le digo que lo retiraré del juego si sigue así, pero retraso el hacerlo porque lo quiero observar y porque veo que casi no puede evitarlo. Está tan excitado, tan contento que les da con el palo como buscándolos, tanteándolos... (viene de una escuela donde no le dejaban moverse). En cuanto a mí, me da con el palo en la cabeza, en el pecho y en la vulva, como interrogándome, con expresión concentrada, serio. Me presenta, por lo visto, en vez de sus respetos, sus dudas.

Pisando tierra

Se ha hablado y escrito mucho sobre la idoneidad de los muy diversos soportes, instrumentos y técnicas para favorecer o facilitar la expresión gráfica del niño. Si convienen las ceras o los rotuladores, si el papel más grande o más pequeño, si el plano horizontal o el vertical... Pero siempre echo de menos que alguien abogue por el soporte madre contenedor magnífico de las idas y venidas de los trazos de un niño, de sus mil y un ensayos, de los dibujos potencialmente hermosos de sus todavía inexpertas manos. El soporte sumiso y humilde, el de toda la vida, con el que yo jugaba compitiendo en prisa con las olas, que a ver quién corría más, si yo en dibujar o ellas en borrar mis trazos. El soporte tierra, la dura, la gruesa, la arena, la arcilla, la tierra mojada o... la tierra a secas.

No sé si es por el asfalto, cada vez más frecuente en los patios, por la suciedad que genera o por la incómoda postura que requiere trabajar con ella, pero el caso es que la tierra está tan olvidada, que haré el intento de reivindicarla desde aquí, ya que creo firmemente que tiene todos los requisitos necesarios para ser uno de los soportes ideales de los primeros trazos de un niño.

Con los pies en la tierra

Tengo la ocasión de ver día tras día a los alumnos de mi escuela disfrutar del contacto con la tierra, manejarla incesantemente, hacer caminos, dejar huellas, amontonar, vaciar, espolvorear, grabar, dibujar, etc., con los instrumentos que más cercanos tienen: las manos, los pies, las ramas o las piedras. Y no es casualidad. Decroly dijo una vez aquello de «mirad lo que hay en los bolsillos de un niño, y sabréis lo que le interesa»; pues sí, en los bolsillos de los niños de mi escuela marchan diariamente kilos de tierra que se guardan como el más gran tesoro,

“es para mi casa, que allí no tengo”. Cuando van a bañarlos por las tardes, nos comentan las madres que no quieren que tiren la tierra que les cae de la ropa, o que se acumula en sus zapatos. (Hay quienes la guardan en un bote incluso.)

En el tiempo de la adaptación, sólo salir al patio y armarse de cubos y de palas, hace cesar los llantos más resistentes. No, no es casual que el niño encuentre en la tierra cobijo y acomodo, tanto para la elaboración de los conflictos propios de su momento evolutivo como para las necesidades de desfogue, de agresión, de vertido de energías varias.

La tierra les ofrece mantenerse erguidos, echarse, hacerse un hueco, taparse, hacer equilibrio, cambiar la fisonomía de la realidad a su gusto: hay veces que veo a un grupo de niños que transportan montones de tierra de un lado a otro con las manos, los jerseys, los vasitos de yogurt..., otros se dedican a «limpiar» de tierra suelta una zona, a hacer un río —con sus diques y saltos—, a dibujar sus siluetas echados en el suelo, a plantear a los amigos un circuito dibujado con un palo, a hacerse refugios, y un largo etcétera.

La disponibilidad del soporte tierra es inmensa, y siempre deja con más ganas, con la sensación de que puedes inventar y plasmar allí cualquier cosa, sin miedo a equivocarte, sin problemas de espacio, con un horizonte infinito de posibilidades. El año pasado vi en el arenero una ciudad completa. Había llovido, y era muy agradable trabajar en la arena. En su entusiasmo, los niños empezaron a reunir papeles y objetos varios para animar su ciudad y darle color, de modo que el resultado iba siendo realmente precioso. Alargué la hora del patio, y sacamos de clase lo que nos hacía falta, con lo que los *clics*, los animales de plástico, los cochecitos, los palillos de helado, las envolturas de oro y plata de los caramelos, etc. transformaron la ciudad de arena en una pequeña obra de arte, que lamenté no poder conservar de una manera más extensa que el recuerdo.

Y es que, primero y antes que con papel alguno, hay que jugar con la tierra y el agua, y del «baluceo-garabateo-amontoneo» saldrán los caminos, los laberintos, los placenteros y limpios trazos (aunque tan sucios) de dibujos, de números o de letras.

El proceso

El proceso es estable, se juega con el cuerpo y se recorre el espacio, se vivencian las trayectorias, se va interiorizando el movimiento, que empieza siendo grande, y se va reduciendo; tal movimiento empieza por señalarse en la tierra con un palo, o en el aire con un dedo, para seguir en el papel continuo, en la pizarra, en el suelo... con esponjas, con tiza o con pintura. Después se puede ya sentar uno a la mesa, y tratar de «fotografiar» el movimiento al trasladarlo a otros materiales, a la plastilina, al barro, a la madera, a la lana, etcétera hasta llegar a ceras blandas/duras, al rotulador y al lápiz.

Lo importante y lo educativo es este proceso de juego, disfrute y alegría en torno al movimiento, los productos gráficos que surgen de aquí son una consecuencia lógica, algo así como un regalo. Y ciertamente son cada vez más maduros, más precisos y más bellos, si es que hemos sido capaces de dejar al niño en contacto con su cuerpo, con el espacio y con la tierra, para plasmar el placer que moverse libremente le reporta.

Algunos momentos gráficos espontáneos

Bailando al son del *sirtaki* en el patio advertimos que en el suelo ha quedado una señal circular hecha por el arrastre de nuestros pies en la parte lenta de la melodía. Nos apartamos para mirarla bien, nos metemos dentro, y a alguien se le ocurre la idea de hacer dos corros

concéntricos, “a ver qué sale” (y les encanta el resultado, por cierto). De ahí a hacer varios corros pequeños, y luego dos, no falta nada. Llenamos el patio de círculos, en los que juegan a entrar, a salir, a sentarse... a los que llaman desde ese día “las casas del *nanam*” (que es como nombran al *sirtaki* espontáneamente). De vez en cuando repiten el juego, con las variantes que van saliendo: círculos cruzados, uno grande, que contiene otros menores, etcétera.

La lluvia ha dejado «un río» en el suelo, que cuando está lleno aprovechamos para hacer navegar barquitos de papel, hojas, papeles, y usamos tapaderas para ponerle puentes, o diques, para hacerlo saltar, para cambiar su curso. Y cuando se seca lo usamos como circuito de coches (como el París-Dakar) que, guiados por hábiles manos, los hacen correr, derrapar, subir o bajar a placer.

En estas últimas lluvias, hemos abierto un taller de grafismo con la propuesta: “Dibuja el circuito del río París-Dakar con el que habéis jugado”. En papel doble folio plasmaron su vivencia, e incluyeron en algunos casos hasta la línea de meta, los árboles, las piedras más significativas, etc. Un trazado sinuoso, pero claro y preciso, que se llevaron a casa para seguir jugando.

Algunos momentos gráficos programados

Esquiando. Me proponía trabajar en el espacio la línea ondulada, y para entrar en materia coloqué en la montaña que tenemos en el patio un circuito de tacos y palos puestos en hilera a una distancia prudente unos de otros y con una señalización clara del principio y del final. Nada más verlo, dijeron: “Como los esquiadores”, “es una pista”, “¿cuál es la meta?”. Apenas me hizo falta recordar que los palos no debían caer, que tuvieran cuidado con las curvas. Con sus invisibles esquíes bajaban cada cual a su estilo —rápidos, lentos, cautos, a saltos, a la carrera, caminando... Iban en grupos de cinco o seis, mientras los demás miraban. Quisieron repetir y repetir, hasta que el cansancio iba apareciendo. Les pedí entonces que dibujaran en el suelo el camino que habían recorrido los esquiadores. No hubo ninguna duda. Había sido un buen juego.

En góndola por Venecia. Siguiendo con la línea ondulada, otro día propuse jugar a ir “navegando por Venecia”, ya que habíamos estado hablando y viendo libros, tarjetas y propaganda de esa ciudad, que, dicho sea de paso, les impactó mucho. La propuesta del juego era que en uno de los canales habían aparecido una mañana unas rocas que debían ser sorteadas para no chocar. Aquel que fuese en góndola daría las curvas suaves, y el que fuese en lancha motora tendría que darlas más pronunciadas y con cuidado para no volcar.

Salían uno a uno y decían: “yo voy en góndola” o “yo voy en lancha”, y mientras ondulaban entre las rocas, los demás hacían con el dedo su recorrido en el suelo. Iban dibujando y borrando muy entretenidamente. Al entrar en clase hicieron “las olas” en plastilina sobre las mesas, y les resultó una serpiente, con la que también se divertieron. Por

último reflejaron en el papel su viaje por aguas venecianas. Para afianzar y mecanizar el gesto gráfico haremos en sesiones posteriores de taller vestidos adornados con olas de colores, fantasmas recortados cuya parte inferior será ondulada, punzar y alzar en una tormenta...

Vamos a inventar caminos

Nos sentamos alineados en una zona del patio que tiene varios puntos de referencia muy claros: algunos árboles, una fuente seca, el gallinero y la montaña. Mi objetivo esta vez era que el niño fuera capaz de proyectar mentalmente un camino, trazarlo luego en el suelo y ofrecerlo a sus compañeros para que lo recorrieran (separando las piernas para no borrarlo al pisar).

Les pedí primero que pensaran por dónde iría su camino, y fuimos sorteando luego aquellos que empezarían primero. Usaban un palo fuerte para trazar el camino y dos aros para señalar el principio y el final.

Los resultados superaban lo que yo había esperado (se trataba de niños y niñas de cuatro años):

- Casi todos respetaron el turno, aunque hubo algunas protestas —lógicas— por tener que posponer el deseo de salir a otro momento.
- Aceptaron con gusto las normas propuestas: no pisar el camino, no tocar los aros, seguir el trazado sin salir de él, etc.
- Cada niño probó hacer el camino que deseaba, a pesar de las dificultades con que tropezaron: en la montaña había que apretar mucho el palo para que quedara señalado, en la parte de arena suelta no se distinguía bien y había que «arreglarlo» con la mano.

No hubo ningún camino igual a otro, y constituyeron auténticos autorretratos de cada cual. Unos enormemente largos (“El mío será el más gigante”), otros llenos de curvas y cruces («ya veréis lo que costará ir por éste»), cortísimos, rectos, curvos, con formas representativas (“El mío será una pera”). Los hubo que dieron la vuelta a la esquina poniendo el final fuera de la vista del resto de los niños («ahora veréis cómo me iré por mi camino»), e incluso hubo quien lo acabó en el tobogán, y situó el aro justo debajo “para la caída”.

Al pedirles que dibujaran en el papel lo que habíamos hecho, salieron también diversas respuestas. La mayoría señaló los puntos de referencia (aunque no siempre bien ubicados), y trazaron *su camino*, aunque algunos optaron por hacer otros que les habían divertido recorrer.

Para acabar, una aclaración

Al releer lo escrito, compruebo que al magnificar tanto el valor de la tierra, de la acción y del juego, puede dar la impresión de que niego otras cosas, y no es esta mi intención. Sé de la necesidad

de una bien planteada educación grafomotriz, que contemple qué materiales, qué progresión, cómo mecanizar los gestos gráficos, el uso del color, las técnicas, la madurez, etc.; y de esas fuentes he aprendido y me nutro. Pero lo que intento recuperar aquí es, por decirlo sencillamente, que *no dejemos de lado las herramientas que usa diariamente el niño para aprender*, porque eso sería tanto como dejarlo inerte, y abocarlo a un «aprendizaje» muerto, por puro ajeno.